

ARKANE

· 1 ·

LA DESOLACIÓN



PIERRE
BORDAGE

minotauro

ARKANE

· 1 ·

LA DESOLACIÓN

PIERRE
BORDAGE

minotauro

Arkane 1. La desolación

Título original: *Arkane 1. La Désolation*
Copyright © Pierre Bordage, 2017
© Bragelonne 2017

Traducción: © Marta Sánchez Hidalgo

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Desarrollo de la cubierta: Book & Look
Revisión: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1712-8
Depósito legal: B. 4.281-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

1

LA CASA, DEL DRAGÓN

Sucedió que el río Odivir se salió de su lecho y sumergió el país de Arkane, antaño llamado Tagre, desde el macizo septentrional del Ostian hasta los oscuros pantanos del Sur lejano. Conmovidas por los gritos desesperados de las madres, las siete diosas del río pidieron a sus sirvientes que perdonaran a siete familias humanas...

La primera fue socorrida por el dragón de las escamas rojas; la segunda por el águila de las plumas naranjas; la tercera por el delfín de piel amarilla; la cuarta por el lobo de piel verde; la quinta, por el corridán azul moteado; la sexta por el oso nocturno de las lagunas y la séptima por el orbal, la serpiente violeta que vive en el fondo del cieno...

Las siete familias rescatadas de las aguas se refugiaron en la colina más alta del Tagre. Los sirvientes de las diosas les llevaron pescado, lo que les permitió esperar la bajada de aguas sin pasar hambre...

El Odivir se retiró a su lecho después de haber fecundado la tierra.

Las familias decidieron fundar, en lo alto de la colina, una ciudad que bautizaron como Arkane que, en el lenguaje de nuestros padres, significa la Insumergible...

Las familias tomaron los nombres de los sirvientes que las habían salvado. Fueron la Casa del Dragón, la Casa del Águila, la Casa del Delfín, la Casa del Lobo, la Casa del Corridán, la Casa del Oso y la Casa del Orbal...

La gesta arkaniana
Tradición de los oradores del Coro,
Arkane

Sin aliento, Oziel se quedó inmóvil en la callejuela que bordeaba una interminable muralla gris. La luz del alba no había rasgado aún el velo tierno y frío que se extendía sobre las Alturas de Arkane. De la ciudad adormecida surgía un rumor sordo, animado por el trino melodioso de los albins. En menos de un cuarto de sexta, las carretas y los portadores del Gremio de los Proveedores lucharían por abrirse paso en medio de la ruidosa y colorida muchedumbre que se desparramaría por las calles y las plazas.

Oziel inspiró profundamente y comprobó que no hubiera ningún ojo de piedra deambulando cerca. Nunca había visto a ninguno y era muy poco probable cruzarse con uno en medio de la callejuela, pero se contaban tantas historias sobre los petrocles que los reconocería de inmediato. Ulio aseguraba que con solo mirarlos a los ojos, uno se convertía en piedra. Oziel nunca había percibido ni el más mínimo rastro de burla en los ojos de su hermano cuando pronunciaba estas palabras con una voz teñida de miedo.

La ausencia de legionarios sorprendió a Oziel: no había visto ni un solo uniforme negro en su paseo. Fiel a su lema —«Serviremos a los siete supervivientes del río sin distinción, los protegeremos en cada momento y contra todo enemigo»—, la Legión de los Altos recorría la ciudad día y noche para evitar los improbables ataques exteriores —una revuelta de las poblaciones de los niveles inferiores tenía lugar cada dos o tres siglos— y las agresiones mutuas de las familias que reinaban, cada vez más frecuentes.

Preocupada, se arrinconó en un refuerzo de la muralla. Como cada mañana, había tomado una salida secreta que solo ella conocía y, al adentrarse en las callejuelas aún bañadas de penumbra, se había alejado poco a poco de las tierras del Dragón para dedicarse a su exploración cotidiana de los Altos. Un año antes, después de su decimoctavo cumpleaños, había sentido la necesidad apremiante de salir de los límites de las tierras de su familia para adentrarse en una ciudad que no conocía. Novena en el orden de sucesión de la familia del Dragón, Oziel solo había tenido visiones vagas de Arkane tras las cortinas rígidas del carruaje que la conducía a las ceremonias oficiales.

Aunque fueran inmensos y estuvieran llenos de árboles, los barrios del Dragón se habían vuelto muy pequeños para ella.

Se acordó del rostro escuálido de su padre, con quien se había cruzado la noche anterior en un pasillo después de cenar, y de la mirada dolorosa con la que la envolvió. Había perdido la sonrisa desde que el Consejo de las Siete había condenado a Matteo, el primogénito, al destierro perpetuo en los Fondos, pero Oziel nunca había leído tal desolación en los ojos claros del patriarca Nunzio. Un rumor acerca de una alianza entre las casas del Águila, del Oso y del Delfín se había propagado durante las últimas semanas. Con una brutalidad agobiante, la joven fue consciente de que no se trataba de una de las querellas abstrusas y triviales que agitaban con regularidad a las familias gobernantes del mismo modo que las aguas subían las cuencas: el exilio de Matteo era la primera fase de un proyecto muy pensado que estaba llegando a su culminación.

Habían decidido abatir al Dragón.

Ninguna de las familias que reinaban se había enfrentado antes a la amenaza de desaparecer desde la fundación de Arkane. Habían sufrido ocasionalmente graves reveses de la fortuna y habían afrontado escándalos, complots y disturbios, pero siempre habían conseguido recuperarse con o sin la ayuda de las otras.

Oziel no estaba molesta ni con su padre ni con sus mayores por haberla apartado de las intrigas de las Alturas. La menospreciaban, considerándola la niña o la hermana pequeña a la que colmaban de ternura para alejarla de los juegos de los adultos. Se negaban a ver que iba a cumplir diecinueve años, que tenía pecho y caderas de mujer, que un vello oscuro y rizado escondía el sello familiar grabado en el pubis. Solo Ulio, que la precedía en la línea de sucesión, parecía haberse dado cuenta de que había crecido. Se tenían un amor cercano a la adoración. A veces él se metía en su habitación en mitad de la noche para deslizarse en su cama y tumbarse a su lado. Oziel no se movía, llena de placer, de vergüenza y de terror cuando las manos ágiles de su hermano se insinuaban bajo su camisón y se paseaban por su piel estremecida. Nunca había ido más allá de las caricias, como si

un poso de razón o de mala conciencia le prohibiera superar la última etapa a pesar de la tiranía de su deseo. Ella ignoraba cómo habría reaccionado si hubiera intentado poseerla, profanar un santuario que tenía valor para la casa del Dragón. Lo deseaba tanto como lo temía al restregarse lánguidamente contra él mientras fingía dormir. A pesar de sus quince meses de diferencia, habían estado muy unidos desde su más tierna infancia, pues compartían un gusto desmesurado por la desobediencia, las escapadas, las risas, las burlas, los relatos épicos, la equitación y el uso de las armas.

Un rumor sordo, propagado por la brisa templada, creció en la quietud del alba. Oziel sintió con violencia sofocante, en el vientre, en la garganta, que la ofensiva contra su familia se ponía en marcha. Un gemido se le escapó de los labios. Su mirada se aferró a un motivo esculpido en la lisa muralla: una serpiente enrollada en un círculo que se mordía la cola, el símbolo de la Resurrección, la orden mística cuyos miembros pronunciaban votos de silencio, obediencia y castidad. Su paseo la había llevado hasta la punta oriental de los Altos, el barrio que se extendía entre las tierras del Lobo y la caverna de la Resurrección.

Metió la mano bajo su capa para agarrar la empuñadura de su canista, la espada de hoja fina y recta. Una exaltación repentina barrió sus preocupaciones y sus dudas; la misma emoción cada vez que cerraba los dedos sobre el metal liso de su arma. Mazin, el maestro de esgrima, decía de ella que nunca había tenido ninguna alumna tan brillante y determinada; la envidia de Ulio, ofendido por el cumplimiento, le daba a su hermana una magnífica oportunidad para burlarse de él. Compensaba su escasa estatura con la vivacidad de las nutrias plateadas, una resistencia poco común y una voluntad férrea.

Se dirigió hacia el oeste, se deshizo de su pesada capa y de sus incómodas botas al salir de la callejuela y cruzó, descalza, una primera plaza poblada de indolentes hojas verdes y amarillas. Las pulseras de bronce tintineaban en sus muñecas y tobillos; la vaina de cuero y de acero de la espada le golpeaba las pantorrillas; el aliento de los Conquistadores, el viento caliente que venía del lejano macizo del Ostian, le acariciaba el rostro y el cuello.

Aterrizó en una pequeña plaza pavimentada y ocupada por una bandada de sombras titubeantes, una banda de seductores enmascarados. Sus capas entreabiertas despedían efluvios de alcohol y de sudor.

—¡Aquí está la guapa!

—¡Y nos ha caído del cielo!

—¿Adónde vas corriendo, bonita? ¿Tienes el culo en llamas?

—Te he visto en algún sitio antes...

Intentaron bloquearle el paso, pero como casi no podían sostenerse en pie, no le costó abrirse camino dejando tras de sí sus comentarios obscenos y sus sucias risas. Se trataba de hijos de familias gobernantes que, sin duda, habían alargado a su manera la ceremonia del sello organizada la noche anterior por la Casa del Lobo. Aunque había sido oficialmente invitada, Oziel se negó a ir. No quería ver al sellador, un viejo medio chocho y encorvado bajo una pesada capa brocada que se dedicaba a colocar el sello caliente y blanco sobre el pubis de una niñita o de un niño de menos de tres años. Todavía se acordaba del mordisco crepitante del hierro sobre su piel, del dolor atroz que le duró semanas, del olor mareante a carne quemada. Seguía escuchando el grito que dio tanto en su cabeza como en su cuerpo. Los selladores aseguraban que la ceremonia del sello homenajeaba a los siete animales que, según los mitos primitivos, habían salvado al pueblo de Arkane de su desaparición, pero Oziel dudaba de la necesidad de perpetuar un ritual tan bárbaro.

A atormentada por el sentimiento de urgencia, contuvo las ganas de tirar la espada y desabrocharse el cinto, arrancarse el vestido y llevar solo sus enaguas, la túnica corta y ligera que las mujeres del Dragón usaban como ropa interior. Recorrió un interminable laberinto de callejones, escaleras, explanadas, terrazas y paseos, confiando siempre en el rumor que seguía creciendo en la paz del alba; empujó a una silueta que surgió delante de ella en el cruce de dos callejuelas; se tambaleó entre carretas tiradas por los mudos del Gremio de los Transportistas. Chocó el pie con fuerza contra un bulto de hierro entre dos adoquines, pero ignorando el dolor que la envolvía como si fuera una liana alrededor del tobillo y de la pierna, desembocó en la plaza de los Fundadores.

A lo lejos distinguió la sombra de la gigantesca muralla almenada que rodeaba los Altos y siguió el camino sin prestar atención al arco monumental del Laz, la entrada del laberinto que daba al nivel inferior de los Dichos. Como si brotaran de la tierra, grupos de carretas y de portadores surgían de ese punto, guiados por antorcheros, reconocibles por sus hachones y su uniforme blanco y dorado.

Sin reducir el paso, Oziel cruzó la parte más antigua y tortuosa de los Altos. La ciudad se despertaba poco a poco, los gritos estridentes de los vendedores ambulantes se respondían de lejos, la luz cazaba los vestigios de la noche, los postigos y las ventanas se entreabrían, hombres y mujeres se llamaban de una fachada a otra.

Por fin vio el portal majestuoso de la finca familiar, coronado con un dragón de granito escarlata con las alas extendidas. Al ver que las enormes puertas de bronce estaban abiertas y que ningún guarda las custodiaba, se asustó tanto que estuvo a punto de desplomarse. Consiguió callar la vocecita que le imploraba que diera media vuelta y decidió tomar la salida escondida que había descubierto a los doce años mientras jugaba al escondite con Ulio. Curiosamente, nunca le había hablado de ella a su hermano porque quería demostrarse a sí misma que era capaz de cultivar jardines secretos. Recorrió la muralla varios cientos de pasos, entró en el pasadizo oscuro que separaba las fincas del Dragón y del Oso y se alejó unos cincuenta pasos más, entre los arbustos y las zarzas que proliferaban en la oscuridad. Unas espinas le rajaron la ropa y la piel. Se mordió los labios para aguantar un gemido, se esforzó por tranquilizarse, halló a tientas el orificio que había quedado abandonado por un desprendimiento en la parte baja del muro, se deslizó entre las piedras esparcidas y medio hundidas en la tierra, frenó como siempre un breve ataque de pánico cuando reptó bajo la obra y apareció al otro lado en medio de una vegetación enmarañada. Con la garganta irritada por el áspero olor de la tierra, se abrió paso hasta los grandes estanques que bordeaban los huertos. El agua desaparecía bajo los nenúfares de hojas púrpuras y flores blancas.

Tintineos, gruñidos, gritos, gemidos atravesaban el murmullo del follaje y la algarabía que nacía y se difundía desde la ciudad. Una

silueta surgió de un bosquecillo al otro lado de los estanques: una joven en camisón cuyo cabello dorado bailaba como una llama por encima de su cabeza. Oziel no tuvo tiempo de llamarla: una sombra se abatió sobre los hombros de la fugitiva tras un salto prodigioso y la derrumbó. Se trataba de un cavador, uno de aquellos animales de pelaje negro y corto que usaban desde hacía unos años los esbirros de las casas del Lobo y del Corridán. El grito de la joven se rompió. A Oziel se le heló la sangre cuando la fiera, con los belfos veteados de escarlata, levantó la cabeza y volvió los ojos rubís en su dirección. Sacó la espada y flexionó ligeramente las piernas en posición de guardia. El cavador lanzó un gruñido sordo mientras rascaba el suelo con una de las zarpas delanteras. No tuvo que saltar mucho para rodear el estanque que medía veinte pasos de largo. A Oziel le pareció que su arma era ridícula ante tal máquina de matar. Cuando el animal se puso en marcha, un silbido retumbó y lo detuvo en su amago. Sus belfos se recogieron y descubrieron sus colmillos curvados. Dudó un momento, pero tras un gruñido de decepción, acabó desapareciendo en la vaga luz del alba.

La joven esperó un largo rato antes de estirar con cuidado las piernas entumecidas y arriesgarse a salir del arbusto en el que se había escondido. Un silencio fúnebre, solo enturbiado por gritos lejanos, había sepultado la finca.

Dispuesta a tirarse en el seto a la mínima señal de peligro, acortó por el bosquecillo de abedules y de cedros incandescentes antes de ir por el sendero de arena roja rodeado de robles carmín que daba a los graneros, las caballerizas y los otros edificios de donde provenían los relinchos de los caballos, los mugidos y los cacareos de los animales predestinados a la carnicería. Distinguió cuerpos extendidos sobre el césped, entre las columnas, en las escaleras, en las baldosas grises de las terrazas. Soldados de la Casa del Dragón, reconocibles por su uniforme púrpura y su casco cónico, intendentes, jardineros, mozos de cuadra, sirvientes, hombres, mujeres, niños..., degollados, destripados. Algunos de ellos no habían tenido tiempo de vestirse

y habían intentado huir parcialmente o completamente desnudos. Nubes de comehuesos se disputaban los cadáveres.

Oziel reconoció entre ellos rostros familiares: Brat, el chico de las caballerizas que cuidaba de su yegua favorita; Elvon, el viejo maestro de equitación exigente, cuyos enfados eran legendarios; Polzine, la jinete encargada de desbravar a los potros... Se le llenaron los ojos de lágrimas. Permaneció un momento postrada, desesperada, incapaz de moverse; pero enseguida, estimulada por la agobiante necesidad de saber qué le había pasado a su familia, se dirigió al edificio principal. Sabía que no quedaría nada de la orgullosa Casa del Dragón, pero quería contemplar por última vez los rostros de sus seres queridos.

«Ulio... Ojalá que...»

Unos ruidos de voces y de pasos la incitaron a refugiarse en uno de los palomares esparcidos por la finca. Trepó a lo alto de la construcción por la escalera de madera roída y cubierta de excrementos. Las palomas anidadas en los mechinales e importunadas por la intrusión volaron en una nube de polvo, paja y plumas. Oziel se agachó cerca de una lucerna desde donde tenía una vista clara de los alrededores. Una tropa imponente apareció por el camino principal: un centenar de hombres y una decena de cavadores atados con correa. No llevaban ni los uniformes ni los colores habituales de las familias que reinaban, lo cual no resultaba nada sorprendente: a veces, las casas, para resolver cuestiones de honor recurrían a los servicios de asesinos contratados en los niveles inferiores de Arkane. Estos disimulaban pesados espadones, hachas de doble filo, ballestas o dagas bajo sus capas marrones o negras manchadas de sangre. De sus rostros ocultos bajo sombreros de largos bordes y máscaras de pájaros solo se distinguían los mentones sombreados por la barba y los ojos exaltados por la euforia de matar.

Cuando los cavadores pasaron cerca del palomar, temió que la delatara su propio olor, pero la tropa se alejó y el silencio aplacó el lugar poco a poco. Escondida detrás del tronco de un manzano, observó durante un buen rato la fachada detrás del edificio principal flanqueado por seis torrecillas de flechas afiladas. Ningún movimiento

sobre las escalinatas ni sobre los numerosos balcones cubiertos de cuerpos. Claramente, los agresores habían dejado desierto el lugar. Le pareció imposible que un grupo de sicarios hubiera bastado para abatir al ejército del Dragón, una fuerza con varios centenares de hombres perfectamente entrenados y, al menos en principio, protegido como las seis otras familias por la poderosa Legión de los Altos.

Oziel se aventuró con prudencia en el camino cubierto de guijarros blancos entre los macizos de flores y de bojés. Llegó sin problemas a la suave rampa que bajaba hacia la entrada de los proveedores. A los sirvientes no les había dado tiempo de lavar con abundante agua las losas sucias de excrementos de caballo del día anterior. Cada día, una noria de carretas y de volquetes entregaba la harina, los frutos secos, las especias, la manteca, los aceites, los vinos, las maderas preciosas, los jabones vegetales que venían de las llanuras orientales fertilizadas por las crecidas del Odivir; casi todos los días, violentas discusiones enfrentaban a los proveedores y a los intendentes del Dragón, exasperados por el aumento continuo de los precios y las exigencias del arrogante Gremio de los Transportistas.

Oziel entró en la gran sala abovedada donde los intendentes recibían y controlaban las mercancías. El olor embriagador de la sangre ocultaba un poco los hedores habituales de grasa, especias y cenizas frías. Tropezó contra un primer cuerpo acurrucado en la penumbra y rompió a llorar cuando reconoció a Laudine, la jefa de cocina, su querida y tierna Laudine que siempre se las arreglaba para llevarle dulces cuando la castigaban sin cenar por alguna de sus bromas. Había sido asesinada de un disparo en pleno corazón. Con la cabeza apoyada sobre el pecho inerte de la anciana, vertió lágrimas ardientes en silencio.

Oyó unos crujidos. Alguien estaba andando en el piso superior. Seguro que un asesino se había rezagado para rematar a los heridos. O un superviviente. Oziel se levantó y se concentró en los ruidos. A la pena le siguió la cólera. Un río negro, venenoso, se esparció por sus venas. No intentó resistirse, dejó que fluyera con una libertad casi voluptuosa en los abismos tenebrosos donde merodeaban sus sombras,

la Oziel hechizada por el acero de las espadas, la que se enfadaba ante la mínima contrariedad, la que era presa de crisis de histeria calificadas como demenciales o demoníacas... La Oziel fascinada y asustada por el violento deseo hacia su hermano...

Los crujidos de nuevo.

Alterada, cruzó a toda velocidad las bodegas, los desagüaderos y la cocina, sin prestar atención a los cuerpos tirados por el suelo, colocados en los espetones de la chimenea monumental, destripados o decapitados sobre las mesas. Flanqueando cadáveres, chapoteando en charcos de sangre, llegó al piso superior por la escalera de piedra de escalones desgastados. Entre las víctimas había muchos soldados en uniforme púrpura, pero ningún agresor, como si la guardia del Dragón no hubiera tenido tiempo o fuerzas para defenderse.

Se precipitó al pequeño comedor revestido de carpintería pintada donde los miembros de la familia comían cuando no había recepciones oficiales. Allí encontró a tres de sus cinco hermanas, a dos de sus cuñadas, a algunos de sus sobrinos y sobrinas, a su hermana mayor, Jaëlle, y a algunos de sus sirvientes con libreas púrpuras. Los asesinos habían golpeado con una precisión implacable apuntando a la garganta, el corazón y los ojos. Esta vez no lloró, estaba consumida por la llama del odio.

Había otro cuerpo más lejos, fijado en una posición extraña cerca de la apertura redonda que daba a la gran despensa.

Le dejó de latir el corazón cuando cruzó su mirada fija y desorbitada con la de Ulio, cuya cabeza formaba un ángulo insólito con el cielo. No había soltado la canista que descansaba a lo largo de su pierna. Se mordió el labio inferior hasta que le sangró, maldiciendo el impulso que la había arrastrado lejos de la finca en aquellas horas trágicas, que le había impedido luchar al lado de su adorado hermano, exhalar a la vez que él su último aliento. Había tantas cosas que no había tenido tiempo de decirle... Llevaba la túnica de seda salvaje bordada con hilos de oro que le había regalado en su vigésimo primer cumpleaños. Seguro que había pensado en ella en su último momento; ese era el único consuelo que le quedaba.

Un movimiento a su espalda. Se dio la vuelta, tensa como un arco, con la espada levantada.

—Oh, Diosas, había perdido la esperanza de encontrar alguien vivo en esta funesta vivienda...

Una silueta alargada se arrojó al comedor y, con los brazos separados, avanzó entre las sillas volcadas.

—Baje su arma, dama Oziel. ¿No reconoce a su viejo maestro?

¿Cómo no reconocer aquel rostro demacrado, repleto de arrugas, aquel pelo canoso y ralo, aquella piel moteada, aquellos ojos vidriosos, aquellos dedos largos y enjutos, su capa descolorida, la voz ronca y el aspecto frágil, sinónimos para ella de interminables horas de encierro en la habitación húmeda y fría de la primera planta de una torre angular?

—Previne al patriarca Nunzio, su padre, de que las otras casas se habían aliado contra el Dragón. No quiso escucharme. Me trataba como un viejo loco.

El olor familiar de Xaron —una mezcla de polvo, pergamino y lugar cerrado— reavivó en Oziel la repugnancia que siempre había sentido por el viejo preceptor. Finalmente, bajó el brazo y, sin fuerzas, temblando, se sentó en una esquina de la mesa cubierta de restos esparcidos del desayuno. Un rayo de sol que caía de una de las dos ventanas encendía las manchas de sangre sobre el mantel blanco, los frescos de la madera, la repisa esculpida de la chimenea.

—¿Por qué? —balbuceó ella—. ¿Por qué?

—Por piedad, no nos quedemos aquí, dama Oziel. Pueden volver de un momento a otro.

Xaron le colocó la mano en el antebrazo. Una ola de enfado y de asco impidió a la joven hundirse completamente en el agua amarga y helada de la pena. Detuvo un deseo violento de clavarle la espada en el vientre al anciano y se echó hacia atrás para permanecer fuera del alcance de su fétido aliento.

—No son asesinos ordinarios —continuó el preceptor—. Vienen de lejos.

—¿De los Bajos de Arkane?

Los ojos templados de Xaron se colocaron sobre la joven, que se sintió mancillada por su mirada insistente.

—De más lejos aún. Vayámonos, se lo suplico.

—¿Por qué la han perdonado?

—Me escondí en la torre angular después de observar el cielo un rato durante la noche. No se les ocurrió subir al granero. Cuando bajé, me di cuenta de que...

Xaron sacudió la cabeza. Servía al Dragón desde hacía mucho tiempo. Laudine aseguraba que había superado los ciento cincuenta años. La mayoría de los hijos de la familia le prodigaban la ternura que se siente por un viejo tío excéntrico. Tan tranquilizador como repugnante, les enseñaba lectura, escritura, conversación, cálculo, historia, mitología, diplomacia y nociones de astronomía, de la que era un adepto ferviente. El patriarca Nunzio había decretado que todos sus hijos, ya fueran niños o niñas, debían estar preparados para sucederlo en cualquier momento y, en consecuencia, adquirir las bases de la cultura necesaria para gobernar una casa de los Altos.

Los dos últimos, Ulio y Oziel, se habían unido a sus hermanos y hermanas a los siete años. Desde entonces, habían pasado la mayoría de los días en la sala austera y glacial de la torre angular. Solían aburrirse la mayor parte del tiempo. Sus miradas se evadían por las ventanas que daban al parque, o al otro lado, por las colinas lejanas de la finca del Orbal. Solo se concentraban cuando Xaron trataba la poética, la asignatura que más les gustaba. Exaltados por el recitado de los relatos épicos de la Fundación, ellos mismos componían poemas usando la métrica antigua, que se murmuraban entre ellos con un temor impregnado de orgullo. La mirada de Oziel cayó de nuevo en el rostro fijo de Ulio; la vida que se había esfumado de su cuerpo lleno de fuerza, el fuego de su mirada apagado para siempre... Bajó la cabeza para disimular sus lágrimas.

—Nunca pensé que llegaría el día en el que una de las siete familias gobernantes fuera eliminada por las otras —continuó Xaron con una voz cansada—. Se ha roto el equilibrio. Usted es, sin duda, la única superviviente del Dragón y...

—¿Sabe qué les ha pasado a mis padres?

—Creo que los han apresado y los han llevado a otro barrio de los Altos.

—¿Cómo puede saberlo si estaba dormido en la torre angular?

—Oí los gritos de su madre.

—No oímos nada cuando dormimos...

Xaron se escudó en su dignidad y miró fijamente a Oziel con un aire sorprendido y a la vez reprobador, como ofuscado por la agresividad y las insinuaciones de su alumna. Era evidente que le costaba justificarse ante ella, la seguía considerando una niña.

—Los gritos de su madre fueron los que me despertaron. —El viejo señaló los cadáveres con el brazo—. Busqué en las habitaciones principales del edificio y no encontré el cuerpo de sus padres. Imaginé que se los habían llevado, que los querían vivos si los agresores se habían tomado esa molestia.

Oziel se reprochó haber ofendido al preceptor, pero su dolor la volvía amarga e injusta. En el fondo siempre había sentido desconfianza hacia Xaron, aunque seguramente sin fundamento. «Crees que todo lo que te repugna está mal, como le pasa a la mayoría de las niñas —se burló un día Ulio—. Desconfías de Xaron porque apesta a carroña. ¡No me digas que es intuición femenina!»

Oziel contuvo como pudo un nuevo un ataque de lágrimas. El olor, insoportable, le llenó la boca de un sabor a bilis.

Un tumulto se elevó en el parque.

—Vuelven —bufó Xaron—. Vamos a escondernos.

—¿Dónde?

—Conozco un sitio donde nadie nos encontrará. Sígame.

El preceptor se dirigió hacia la despensa sin esperar la respuesta de su interlocutora. Esta dudó un momento, pero, como se acercaba el alboroto, lo siguió. Cruzaron dos salones, un camarín y la enorme sala de recepciones oficiales antes de llegar a una de las muchas escaleras que comunicaban las seis plantas del edificio. Sus pasos y sus respiraciones resonaban de forma insólita en el silencio sepulcral. En una mañana normal, la vida habría empezado a fluir por los pasillos,

los primeros gritos, las primeras risas, las primeras disputas habrían atravesado las paredes, los tabiques y el suelo.

Oziel esperaba despertarse sudando en su habitación y darse cuenta, con un suspiro de alivio, que todo había sido un mal sueño, pero el dolor persistente en la garganta y en el vientre la forzaban a enfrentarse a la realidad: habían destruido la orgullosa Casa del Dragón, una de las siete familias fundadoras de Arkane. Tal vez el patriarca Nunzio y Albae, la madre venerada, siguieran con vida, pero ¿durante cuánto tiempo? Los conspiradores no tenían la intención de perdonarlos. Sin duda eran los mismos que habían conseguido que el Consejo de las Siete desterrara perpetuamente a Matteo, el primogénito, el heredero del Dragón, acusado de haberse entregado a abominables sacrificios en compañía de los sirvientes y los fieles de la Desolación.

Ahora distinguía los gruñidos de los cavadores, los aullidos de sus dueños, el estruendo de los cascos y las botas, los chirridos de las ruedas revestidas de hierro sobre la gravilla de los caminos. Una tropa imponente se disponía a ocupar la finca. ¿Quemarían las insignias, las banderas púrpuras, e izarían colores nuevos? Había oído decir que unos comerciantes ricos de los niveles inferiores de Arkane conspiraban con miembros del Consejo de las Siete para sustituir en este a una de las familias gobernantes, considerada decadente e indigna del cargo. Durante mucho tiempo se pensó que los objetivos eran las casas del Orbal y del Delfín, pero dejaron de dar importancia a aquellos rumores, «esas sandeces, esas nimiedades» según las palabras del patriarca Nunzio.

El cabello ralo de Xaron revoloteaba como un pájaro grisáceo y silencioso en la penumbra del pasillo; ¿o era una galería? Oziel, que creía que había explorado todos los rincones de la casa, no reconocía el lugar. Arrastrada a un laberinto de pasillos y de escaleras de caracol, atormentada por el rostro terriblemente pálido y congelado de Ulio, había acabado perdiendo sus puntos de referencia. Sus pies descalzos pisaban una tierra húmeda y cubierta de piedras. Avanzaban por los sótanos, según parecía, por el olor agrio

de moho. Tuvo la sensación de precipitarse a una trampa, pero no podía volver atrás: si daba media vuelta, se arriesgaba a encontrarse con los asesinos que ocupaban los pasillos.

—Estamos llegando —murmuró Xaron.

Recorrieron una galería estrecha cubierta de piedras con aristas cortantes y bañada en una profunda oscuridad.

—¿Dónde estamos?

—No se preocupe, dentro de poco estará a salvo.

El tono del viejo, cortante como una cuchilla aparentemente delicada, activó una alarma en la mente de la joven. Luego, al recordar las palabras de Ulio, pensó que estaba salvándole la vida y que ella debía, si no agradecerse, al menos dejar de desconfiar de él.

Una luz que se movía brilló a lo lejos y mostró la bóveda y los muros inaccesibles de una cavidad. Oziel empuñó por inercia su canista.

—Allí hay gente —murmuró.

—Son amigos. Están esperándonos.

—¿Cómo sabían que la Casa del Dragón sería atacada esta mañana y que nos escaparíamos por los túneles subterráneos?

Xaron permaneció un momento en silencio antes de responder con una voz ligeramente sofocada:

—Esas no son formas de hablar, jovencita. Tendrá las respuestas a su debido tiempo.

Oziel mantuvo la mano colocada sobre el puño de su arma. Al salir de la galería, estuvo a punto de volverse y huir a toda velocidad cuando distinguió, agrupados delante de un enorme promontorio de piedra caliza, a una decena de hombres equipados con antorchas y vestidos con el uniforme amarillo anaranjado de la Casa del Águila. Nunca había sentido ni una pizca de simpatía por los cinco hijos de la familia del Águila, entre los cuales dos, Sylver y Jiun, la habían cortejado con una ordinareiz indigna de los caballeros de los Altos.

—¿Quién anda ahí?

La voz grave vibró un momento en el silencio.

—La señorita Oziel y Xaron, preceptor del Dragón —respondió el viejo.

Se dirigió con paso seguro hacia el pequeño grupo. Incomodada por el hedor a tierra y a putrefacción, Oziel lo siguió tras una breve vacilación.

Xaron se detuvo para observar a los soldados del Águila con atención.

—¿Su amo no está con ustedes?

—Aquí estoy.

Una silueta emergió de un rincón de las tinieblas y avanzó entre la luz de las antorchas. Oziel reconoció a Sylver, el tercer hijo del Águila, antes de que se quitara su ancho sombrero con plumas y mostrara el rostro rojizo y anguloso por encima del jubón y el pantalón ancho. Llevaba una gran capa de cuello recto y levantado, común en la mayoría de los hijos de las familias de los Altos. Oziel guardaba un recuerdo asqueroso de su aliento de borracho, de sus manos ásperas y fuertes, de sus dedos achaparrados, de sus uñas mugrientas, de sus dientes abombados y grises, de su pelo marrón más sucio y apestoso que la paja de un jergón, de su sonrisa y de sus palabras obscenas. Los ojos saltones se posaron sobre la joven sin prestar la más mínima atención al preceptor.

—Debo reconocer que sabes mantener tus promesas, viejo búho —farfulló sin apartar la mirada de Oziel.

—Espero que usted también mantenga las suyas —respondió Xaron.

—¿Pondrías en duda la palabra de un heredero de los Altos? Lo que dices suena a ofensa.

—Solo un hombre que ha sufrido humillaciones cotidianas durante más de medio siglo conoce el sabor amargo de la ofensa.

Oziel lanzó una mirada por encima de su hombro. Unos diez hombres habían emergido de la penumbra y se habían acercado en silencio, cortándole la retirada. Le habían tendido una trampa. Intentó sacar su espada y clavarla en el costado que tenía cerca de Xaron, pero decidió esperar, no levantar sospechas, aunar todas sus fuerzas en un último impulso y encontrarse con Ulio en la muerte llevándose al mayor número posible de adversarios.

—Siento cómo hierve la ira en este bonito cuerpo —declaró Sylver con una sonrisa cruel.

—No es solo atractivo, también rebelde —intervino Xaron—. Debe aprender a domarlo si quiere montarlo.

Sylver agarró el mentón de Oziel entre el pulgar y el índice. Ella se estremeció de terror, quiso dar un paso atrás y se chocó con uno de los soldados que tenía detrás. Bajo la luz de las antorchas, parecían surgidos de los Fondos de Arkane o, según los mitos primitivos arkanianos, los hombres se habían convertido en akchas, demonios.

Justo donde el Consejo de las Siete había enviado a Matteo.

—He domado monturas más desobedientes que ella —gruñó Sylver—. Acabará aceptándome, como las otras.

—Como acordamos, he vertido polvos anestésicos en la comida de los soldados del Dragón —dijo Xaron con un tono seco—. Se la he entregado con vida. Ahora le toca saldar su parte del trato.

El hijo del Águila miró fijamente al preceptor con una mirada torva.

—¡No me falte el respeto, viejo!

—No tiene que darme ninguna lección de respeto.

Un resplandor mortífero centelleó en los ojos de Sylver, que acabó soltando una carcajada.

—Es cierto: ¡debemos tener la más alta estima por los traidores! —Sacó de su jubón una bolsa de cuero que tiró al suelo con desprecio—. El precio que acordamos por tu trabajo sucio.

Xaron se inclinó para recoger la bolsa. Una espada curva y reluciente apareció en la mano de Sylver, la garra de la Casa del Águila, que cayó a una velocidad increíble sobre la nuca del preceptor. El hierro se hundió en el pelo gris de Xaron y crujió en las vértebras antes de volver a salir bajo su mentón. El viejo sollozó, intentó quitarse la espada que le obstruía el cuello, pero los dedos raquíticos no tuvieron tiempo de llegar a la parte de atrás de su cráneo; se desplomó y dejó de moverse después de un último espasmo. Oziel no sintió la mínima compasión por el preceptor.

El hijo del Águila retiró la garra con un golpe seco y la secó en la capa.

—El único premio que merecen los traidores.

«Ahora.»

Divertidos por la muerte del viejo, los soldados habían bajado la guardia. Oziel sacó la espada de su vaina de cuero.

—Yo no cometería tal estupidez si fuera tú —murmuró Sylver con un tono frío.

Metió la garra en un doblez de la capa sin levantar los ojos hacia la joven.

—Las vidas del patriarca Nunzio y de la dama Albae, tu madre venerada, dependen de tu voluntad.

Apartó la canista con un movimiento negligente, agarró la parte baja del vestido de Oziel y, subiendo al mismo tiempo las enaguas, la desnudó hasta la cintura.

—De tu docilidad.